

Para Espinosa el desarrollo de los individuos implica el paso de la pasión a la acción, de la imaginación a la razón, de la servidumbre a la libertad, y dado que el espinosismo no es un elitismo, este proceso individual tiene precondiciones y consecuencias políticas, ya que el sabio está directamente interesado en que los demás lo sean también. Mientras no llega esta sociedad de sabios, el Estado con su poder coercitivo introduce una especie de pararacionalidad que obliga a los individuos a comportarse como si fueran racionales aunque no lo sean. El espinosismo es, para nuestro autor, una filosofía de la libertad y la solidaridad que no sustituye una ideología por otra, ya que «ninguna clase social podría invocar las ideas filosóficas y políticas de Espinosa para legitimar su primacía dentro del Estado». El objetivo último de la política de Espinosa no era conservar ni aumentar los efectos de la división social sino, al contrario, «promover la unión de los ciudadanos como condición de una vida colectiva racional». El largo camino hacia la sabiduría no pasa, para Espinosa, por el alejamiento de la vida política, sino por el compromiso activo, aunque distante y no partidista, en la misma. Este largo camino de liberación parte de las condiciones reales y efectivas en las que se desenvuelve la vida de los hombres y no de los ensueños utópicos de aquellos que sustituyen a los hombres como realmente son por lo que ellos suponen que deberían ser, con lo que su política es puramente ficticia. Espinosa es realista, parte de los hombres tal como son, pero no es conformista, ya que piensa que los individuos pueden mejorar. Su filosofía no es tanto una filosofía de la libertad, como una filosofía de la liberación. El hombre puede, haciendo jugar entre sí las pasiones, promover las activas y limitar el ámbito de las pasivas, puede desarrollar la libertad a partir de la servidumbre, pero para ello debe plegarse a la necesidad de las leyes naturales: el hombre no es un imperio dentro de otro imperio. El hombre no es libre pero puede llegar a serlo, y este itinerario de salvación no se puede dar en el aislamiento y la retracción sino en el comercio intelectual y político con los demás. El impulso que lo conduce hacia la libertad es el deseo y la búsqueda de pasiones alegres que generen conocimientos cada vez más adecuados los cuales sean, a su vez, fuente de nuevas pasiones alegres en un proceso ininterrumpido de autoperfeccionamiento, guiado por la búsqueda de todo lo que aumente su potencia y por tanto su actividad y su alegría y el rechazo y la huida de todo lo que disminuya la potencia y todo lo que genere pasividad y tristeza.

Como el lector ha podido comprobar en esta nota, la reflexión sobre Espinosa en el ámbito portugués, no muy conocido en España a pesar de su cercanía cultural e idiomática, es muy interesante y profunda y merece más atención de la que normalmente recibe.

Francisco José MARTINEZ

DOMÍNGUEZ, Atilano. (comp.) *Biografías de Spinoza*. Alianza Editorial, Madrid, 1995, 297 pp.

El libro aquí presentado según compilación de A. Domínguez supone una nueva aportación de fuentes para comprender mejor no sólo la vida, sino también el talante de Spinoza, por lo que resulta el complemento adecuado a la excelente edición de sus obras (excepto la *Ética*) ya realizada por el mismo estudioso. El volumen incluye el importante Prefacio a la *Opera Posthuma* (OP) y otras cuatro biografías clásicas, amén de múltiples datos y documentos relacionados directa o indirectamente con el filósofo, lo que compone una base documental —inédita en español en gran parte— que enriquece incluso la obra clásica de Freudenthal que le sirve de guía. Así, reconocemos los grandes perfiles: sus circunstancias familiares y la ruptura con el judaísmo, la gran sobriedad de este pulidor de lentes, la composición de su biblioteca, anécdotas varias, etc. A todo lo cual debe añadirse por parte del

comentarista una bibliografía abundante, la profusión de notas (en ocasiones de una erudición historiográfica exhaustiva), la útil titulación y numeración de apartados y párrafos, así como un esclarecedor y completo índice analítico.

Unos breves apuntes darán idea del alcance de esos contenidos, tanto desde el punto de vista personal como doctrinal. El Prefacio de OP escrito por J. Jelles en 1677 es la piedra de toque del resto y, si bien empieza con una concisa reseña biográfica, pronto se centra en responder a los ataques que por motivos religiosos recibió Spinoza. El núcleo de su posición consiste en mostrar la compatibilidad de razón y revelación, una vez que se deslinda la letra y el espíritu de los textos sagrados (cf. n.º 30 ss), de tal modo que el llamado panteísmo determinista se transforma en dictado de Dios a través del entendimiento humano. La capacidad intelectual es el medio para alcanzar la verdad y la auténtica ley moral, más allá de ritos y ceremonias (n.º 40, 42, 45, 50), según atestiguan las propias Escrituras en múltiples lugares que Jelles utiliza de manera semejante a Spinoza en el *Tratado teológico-político*. Sólo así podrán superarse los enfrentamientos doctrinales, la confusión y la intolerancia (n.º 56, 57, 61), en aras del progresivo acercamiento a una vida racional. Por su parte, el escrito de P. Bayle (1697), que tanta repercusión tuvo en la recepción posterior del spinozismo, muestra la perplejidad que el autor holandés causaba a sus lectores: el «hombre de trato fácil, afable, honrado, cumplidor y muy ordenado en sus costumbres» (n.º 6) es a la vez el monstruoso creador de un sistema monista y ateo, en el que es imposible la moral. Y es que Spinoza ha cambiado el sentido filosófico de las palabras e introducido principios que atentan contra las nociones más evidentes del espíritu (n.º 8, 12, 15), lo que le aboca al absurdo además de a la impiedad.

El texto de Kortholt (1700) aporta algunos detalles personales, tales como la aptitud del filósofo para la pintura y el consejo político, su consabida frugalidad, el desinterés por el dinero y la absoluta dedicación intelectual..., lo cual no le eximía de soberbia y de gravísimos errores doctrinales. En la misma línea psicológica abunda la biografía de J. Colerus (1705), pero con un gran acento en sus tormentosas relaciones con el judaísmo (cap. IV) y otros interesantes datos sobre los hábitos y relaciones que componían sin duda una personalidad notable. Claro que la arbitrariedad del librepensador y el panteísmo (n.º 40, 43, 47, 48) le desacreditan una vez más, pero al menos Colerus rescata la dignidad de una muerte sin falso arrepentimiento. Por último, Lucas (1719) aporta algunos rasgos que contribuyen a humanizar y cualificar definitivamente la figura del autor, más acá de la hagiografía: el gusto por la pulcritud externa sin pedantería, la independencia manifiesta, el coraje esencial para combatir la superstición, su capacidad para disfrutar de los placeres y el buen humor (n.º 23, 27 ss., 34), entre otras notas de obvio significado filosófico.

Las alabanzas y los dicerios se entrecruzan, en fin, para esbozar un personaje polémico y complejo. Spinoza —como acaso su pensamiento— es alguien aparentemente extraño y contradictorio: virtuoso y amoral, férreo y alegre, aséptico y explosivo, ateo y místico, geométrico y visceral, solitario y político... En ningún caso es posible la simplificación, sino sólo la ardua y reconfortante experiencia de adentrarse en una obra harto polimorfa y rica, abierta y apegada a todo lo humano en sus diversos registros. Pero al final emerge la síntesis de quien propuso un estilo de vida que abraza la fuerza lúcida y la libertad sin miedo, para asegurar la autonomía personal y colectiva frente a los dictados de cualquier índole que quieran imponer sometimiento y tristeza. (parejas todas de términos recíprocos). Y el presente libro ayuda a comprenderlo así.